## La última novela de Adolfo Couve

Por Hugo Montes

NA grata sorpresa en medio de la pobreza creadora de nuestra narrativa, es la aparición de cuatro novelas selladas por la editorial Pomaire, con el auspicio de la Fundación BHC: Othumba, de Carlos Morand; El cuarto reino, de Ximena Sepúlveda; El mundo de Maxo, de Gustavo Frías, y La lección de pintura, de Adolfo Couve. Este, pintor y novelista, ha recibido siempre elogios de la crítica. ¿Los recibirá también por su reciente obra?

Couve escribe en forma admirable, en el sentido de que dice cuanto quiere decir, con fluidez, con fuerza, con belleza. Describe morosamente, hasta el punto que por momentos puede cansar al lector superficial. Se complace en ambientes pequeños —esta vez, una plaza de barrio, una droguería provinciana, la casa de una familia venida a menos. Pasan pocas cosas en sus novelas. Mejor: la peripecia externa, la anécdota escasean. La compensación va por dentro. Sus personajes sienten, piensan, monologan con riqueza.

El protagonista es un niño modesto con extraordinarias dotes naturales para la pintura. El dueño de la droguería, hombre bueno y limitado, lo protege y quiere entusiasmarlo por los impresionistas; esfuerzo inútil, pues el muchacho prefiere el clasicismo de Ingres y Monvoisin. Ya en Viña del Mar asiste a unas clases de valor dudoso y afianza su genio, que todos reconocen y admiran. El final se confunde con el recurso un tanto fácil del retorno en tren a la villa natal.

Todo está bien. Sin embargo, hubiéramos querido ver al muchacho más de cerca. Sentirlo más afin. Saber de la conciencia de su talento. No lo vemos reaccionar ante la mediocridad del ambiente que lo rodea, salvo en su rechazo de los modelos impresionistas que se le proponen. Curiosamente, el autor prefirió mostrarlo desde el ángulo más o menos misterioso de su madre, de la medianía de quien lo retrata, de las ilusiones entre bondadosas y vanidosas de su protector. ¿Era la mejor solución?

¿Por qué no proyectó Adolfo Couve su sensibilidad finísima directamente en el ser de su protagonista? Quizás porque se habría sentido retratado demasiado personal y directamente. Excusas por la intrusidad, pero me resulta inatajable.

Hay que releer la breve novela. Hay que volver a ella, a sus descripciones, al misterio de la madre, a la creciente perfección del chico. Hay que volver a gozar de unas narraciones acabadas, casi miniaturas por la prolijidad. Hay que volver a gozar de esas tertulias insignificantes pero sabrosas. Sí, buena novela, que sin embargo nos deja con deseos de más de mayor acercamiento, de algo indefinido que es antes personal que estético.